

alma, niños inocentes, por la celeste claridad de su conciencia, moradores del desierto, vestidos de sayal y de cilicio, que clavándose en los descalzos piés las espinas del mundo, salían no con armas sino con el crucifijo en la mano, de sus cavernas, donde se entregaban á la penitencia, y lanzándose delante de aquellas huestes, sin miedo á una muerte que solo podía ser parte á anticiparles la vida del cielo, las desarmaban con sus virtudes, y las hacían temblar con sus palabras, y las deslumbraban con el resplandor de sus almas, y las obligaban á caer de hinojos ante aquellos altares del verdadero Dios que eran como la piedra sagrada donde iba á sentarse la nueva sociedad.

He concluido, señores, he concluido. Pero delante de estos bárbaros feroces vencidos por pobres solitarios, ¿no podremos deducir una grande enseñanza? ¿Qué tenían en sí para alcanzar este alto fin? Tenían la fé en una idea; y el que tiene fé en una idea vence siempre. La duda, el placer, tendrán siempre sacerdotes; pero la duda y el placer no tendrán nunca mártires. Señores, para llegar á un punto, para cruzar los mares de la vida, es necesario embarcarse en la nave de la fé, y en la nave de la fé no temais ni al huracan ni á la tempestad. En esa nave se embarcó Colon, y al fin de su viaje encontró un nuevo mundo. A no haber existido aquel mundo, Dios lo creara en la soledad del Atlántico para premiar tan solo la fé y la constancia de aquel hombre. Pues bien, nosotros vamos buscando á través de nuestras tempestades y de nuestros escollos el mundo nuevo social. Si no lo encontramos es porque no tenemos fé para buscarlo. Nuestros padres se sacrificaron en la guerra de la independencia para que tuviéramos patria, y en la guerra civil para que tuviéramos libertad; ¿qué hemos hecho nosotros para merecer el nombre de dignos hijos suyos? Nada. Y si pierdes el tiempo que te ha tocado en suerte, merecerás el eterno castigo de la historia. Hace pocos dias un orador elocuentísimo, amigo mio, en cuya palabra tempestuosa se oye el acento anticipado de las grandes pruebas que nos aguardan, decía mirando nuestra vergonzosa decadencia: ¿qué gobierno, qué política, qué partidos! Los sofistas parecían aterrados al oír en aquella voz el eco de sus remordimientos. Pero en la gran comedia del mundo los sofistas representan bien su papel de comediantes y hacen como que se van y vuelven. Y volverán mil veces mientras no tengamos fé para combatirlos. Y nos azotarán el rostro con sus látigos, y nos herirán el corazon con sus espadas. Y seremos una generacion infeliz mientras no busquemos por la libertad una de estas dos glorias, ó la gloria del triunfo ó la gloria del martirio. He dicho. (Ruidosos y estrepitosos aplausos).

## LOS BARBAROS.

### LECCION SEGUNDA.

SEÑORES:

Por fin, despues de haber recorrido tiempos tan tristes, de tan irremediable decadencia, vamos á llegar al momento supremo de la destruccion del antiguo mundo. La enfermedad cancerosa de una sociedad corrompida por el deleite, esclavitud del sentimiento; por el despotismo, esclavitud de la conciencia, debia dar de sí el resultado funestísimo que da siempre la esclavitud, debia dar la consuncion, no del cuerpo de aquella sociedad, sino del alma; porque si la salud es la vida del cuerpo, la libertad, señores, la libertad es la vida del alma. Nuestro pensamiento nacido para volar por el éther de los cielos, con pena se revuelca en estas épocas de decadencia, en que el lodo y la podre rebotan de la tierra; pero debemos tener valor para sondear estas llagas, y despues de sondeadas, para preguntar á la conciencia de nuestro siglo si padecemos de los mismos males, y si nos morimos de la misma muerte. En algunos periódicos, manos amigas, muy amigas mias, despues de haberme tejido coronas que no merezco, aunque acepto como ofrenda de la amistad que ciega siempre; han llegado á decirme que no es lícito ni aplicar á nuestros tiempos los males de la



decadencia del imperio que aplico resueltamente, ni quejarme de la falta de libertad de que me quejo. No es culpa mia que hubiera en Roma césares indignos, patricios bárbaros que mandaban estropeando el latin y desconociendo las leyes; guardias pretorianas que hoy se levantaban por este general, mañana por el otro, siempre por el propio engrandecimiento; aristocracias sensuales, pueblos esclavos, clero sin fé empeñado en sostener una religion que se moria, no porque aquella religion pagana les llenara el espíritu, sino porque les llenaba el vientre; sofistas corrompidos y corruptores comerciantes de ideas, y prontos á toda traicion, á todo perjurio; decadencia del sentido moral, amor desenfrenado á los deleites, falta de fé de esa luz de las almas, sobra de egoismo; una juventud olvidada de que la juventud es la edad de las grandes pasiones, convertida en alquilada plaflidera de la sociedad que se iba; ó en cortesana de los tiranos que corrompian al mundo; y que en esta negra noche solo se viera relucir entre las tinieblas el hierro de los bárbaros, hierro candente que traia el cauterio, único posible cuando las sociedades se descomponen por la gangrena que mana de todos sus poros; el cauterio del fuego, que en la sociedad se llama el cauterio de las revoluciones.

La ley de la naturaleza es el movimiento; la ley de la historia el progreso; la ley de la vida la renovacion. Roma estaba muy vieja. Parecia imposible que hubiera podido envejecer tanta gloria, tanta grandeza. El ánimo se pasma, se anonada cuando contempla la ciudad Eterna. Su voz como el viento del cielo, corre sobre el mundo entero; su fuerte brazo junta las razas, su espada las rige como el cayado del pastor al ganado; su poder amontona las religiones paganas y congrega todos los dioses á dormir en su nido bajo su escudo; su carro de guerra borra con sus ruedas las fronteras, tritura las coronas de todos los reyes; su cincel escribe en el mármol los eternos códigos que aun hoy respetan todas las generaciones; sus muros son como el templo sagrado donde iban todos los pueblos á ungrir su frente con la idea sacratísima de la soberanía; y cuando la tierra se desplomaba sacudida por un gran terremoto bajo sus plantas, y el cielo se deshacia en mares de lágrimas sobre su frente, ántes de arrojar á la sima su corona, aquel gigante que se llamaba Roma, aquel ciclope, cuyo único ojo era como el sol del universo moral, desgaja los templos antiguos, las pirámides, los obeliscos, y forma con tan gigantescas ruinas un santuario inmenso á cuyos piés cae de hinojos, purgando en una penitencia de diez y nueve siglos, con un eterno miserere que se escapa de

sus labios, aquel poder y aquella gloria, grandes, imperecederas, que habia empezado por forjar la humanidad en su derecho y habia concluido por desposar la humanidad con Dios en su Catolicismo.

Por esta seduccion que ejercen sobre el ánimo las altas y sublimes grandezas, hay todavía quien se duela y llore por la caída de Roma. Pero como la historia es un sistema de filosofia, y cada hecho una idea, y cada pueblo un espíritu, la historia nos ha guardado el ejemplo vivo de lo que el mundo hubiera sido sin la caída de Roma. ¿Quereis verlo? quereis contemplarlo con vuestros mismos ojos? Contemplad la Roma de Oriente, contemplad á Constantinopla; que no cae, que no es enterrada sino despues de diez siglos de estar muerta, contemplada. Su ciencia es hinchada y vana como el orgullo; astros se llaman á sí mismos sus maestros, signos del zodiaco sus doctores; miserables plagiaris, esclavizados escolastas, en cuyo corazon no hay fuerza para sentir, en cuya inteligencia no hay fuerza para pensar; que ni sienten ni piensan los esclavos. La cuna de Homero no tiene un poeta, la tribuna de Demóstenes no oye un orador. Por las puertas de la Academia de Platon solo entran torpes ergotistas, sofistiquadores de la razon humana. En los riscos donde se sacrificó Leonidas con los trescientos espartanos, nadie oye pronunciar la palabra patria, la palabra libertad, que resonará siempre con mágica resonancia en el corazon humano, y obligará á los hombres á purificarse de sus manchas en el fuego del sacrificio. El cristianismo será allí no el amor, no la caridad, sino triste asunto de ridículas disputas, que no podrán mejorar ni en un ápice la vida humana. La Iglesia griega, servil instrumento en manos de los emperadores, solo ha acertado á oprimir y degradar las conciencias. Las leyes son desconocidas por los encargados de hacerlas y de cumplirlas; la justicia comprada y vendida como una mercancía; los tribunales entregados al poder, los monarcas puestos sobre toda autoridad, sobre toda justicia, envueltos en una nube de incienso, aclamados en sus viajes, adulados en la hora de la fortuna por los mismos que les abandonan ó vuelven contra ellos sus armas en la hora de la desgracia. Por el trisagio que Isaias oyó cantar en el cielo, morian en batalla campal seis mil cristianos, y ardian iglesias y hospitales con todos los enfermos dentro. Las asambleas eran mercado de sofistas, la corte serrallo de orientales eunucos, el palacio mancebia, las academias reunion de orgullosos sin ninguna ciencia, los concilios campos de batalla, los campos de batalla salones de artesanas, el circo donde los verdes y los azules peleaban sobre las carreras de los carros ó de los



caballos, que da lo mismo, ocupacion única de la aristocracia; porque la falta de libertad habia traído la falta de virtud, y la falta de virtud el despotismo, castigo tremendo, pero merecido, que cae siempre sobre las naciones desmoralizadas y esclavas. Hasta que un dia la justicia divina se cansó, y abrió las compuertas de su ira y cayeron sobre aquel flaco Imperio los turcos, que dispersaron como una bandada de prostitutas á césares, nobles, sacerdotes, soldados y sofistas.

Hé ahí, señores, lo que fuera del mundo, lo que fuera de la civilizacion, á haber durado el inmenso imperio romano. Este imperio era el despotismo, y el despotismo seca todas las fuentes de la vida. El hombre busca, señores, en toda la historia, con grande y perseverante afan, la luz y el aire de su alma. ¿Dónde está el aire que anima la vida, y dónde está, dónde, la luz que ilumina el espíritu? Aplicad el oido á la tierra, donde tristemente duermen las cenizas de los que fueron, y oireis aún los ecos del inmenso ruido, de un ejército que sube, y sube con grandiosos esfuerzos; contemplad los sacrificios, los holocaustos, y vereis sobre las llamas con o el resplandor de una estrella; ved los grandes pensadores que han traído nuevas ideas á la vida, y observareis una lengua de fuego sobre su frente; notad el movimiento de todos los espíritus en esa ascension creciente, como una gran marea de pensamientos y de aspiraciones que sube cual si quisiera tocar los cielos, desde los abismos de la tierra, y es el deseo continuo é incesante de la humanidad por alcanzar esa facultad grandiosa, por la cual tiene la actividad humana algo de la actividad divina, y sin la que el trabajo sería como el sustento del bruto, como la fuerza de la máquina, el arte como el rumor de los elementos, como la copia servil de la naturaleza, el amor como el ajuntamiento de las fieras en sus cavernas, ó como la fria cohesion de los átomos en los cuerpos, la ciencia como la llama que se pierde y se disipa en los aires, la justicia como una gran iniquidad, la ley moral como una pesada cadena; esa facultad por la cual el hombre causa su propia vida y es responsable de sus acciones; la libertad, sí, la santa libertad, que tiranías, hogueras, ejércitos, castas, nos han quitado; pero que hemos ido buscando anhelantes por toda la historia, dándole los tesoros mas puros de nuestra sangre, el sudor mas copioso de nuestra frente, la vida mas cara de la humanidad, y que ya tocamos con nuestras manos como la corona luminosa que ha de hacer definitivamente del hombre el sacerdote y el rey del Universo. (Aplausos.)

La antigüedad, señores, solo habia comprendido la libertad en el

estado, la libertad en las castas, la libertad en las clases; pero nunca, nunca habia comprendido la libertad en el individuo, la libertad en el hombre, la libertad, no como un derecho social, sino como un derecho de la naturaleza humana que es la verdadera concepcion de la libertad. El hombre es un sér de armonía; espíritu y naturaleza. Y así como en la antigüedad solo se comprendió á sí mismo como naturaleza, en la Edad media solo se comprendió á sí mismo como espíritu. Y en la esfera política sucede lo mismo. En la esfera política el hombre es una antinomia, es á un mismo tiempo individual y social. La antigüedad desde el imperio de Oriente hasta el imperio romano, solo comprendió el hombre social. De aquí nació aquella autoridad gigantesca que mataba toda idea de individualidad. La edad media, al revés, apenas comprendia la sociedad. De aquí nació el individualismo salvaje, en que se alzaba como en su base el castillo feudal. Pero justo es decirlo, esta idea de la individualidad humana fué como la raíz de la verdadera libertad. La idea de libertad arranca de la idea de personalidad. La idea de la personalidad viene á la historia, viene á la vida con la venida de los pueblos germánicos. Admiramos, señores, cómo siempre que se siente una gran necesidad social, le sigue una gran revolucion que viene á satisfacerla. ¡Grande enseñanza la de la historia, mas grande aún que la de la naturaleza! mas ocasionada á llevar el espíritu á sublimes pensamientos! Cuando en el gran templo de la naturaleza vemos el sol que se sumerge en el ocaso saludado por la última plegaria de todos los séres; cuando las primeras estrellas aparecen como miradas de ángeles que nos buscan en la tierra; cuando en los dias de primavera una voluptuosidad infinita embriaga los campos, y la savia late en los troncos, y la primera hoja brota en las yemas de los árboles, y las campanillas levantan sus cálices llenos de miel entre la yerba, y las mariposas vuelan como las ilusiones de aquel amor universal; cuando en la inmensidad del mar la quilla de nuestra nave rompe las olas que hierven, y la leve lona recoge el viento que brama, y á nuestros piés vemos las estelas, y las espumas, y los animales embruñarios y fosfóricos que brillan como mundos en las gotas de agua, y sobre nuestra frente el celeste abismo de lo infinito; ese otro abismo que llevamos en nuestro pecho y que se llama corazón, nos habla con la elocuencia de sus sentimientos de Dios como vida; pero cuando recorremos la historia, cuando vemos que donde cae un pueblo se levanta otro, que la muerte, la pútrida muerte, cuya presencia tanto nos aterra, es tambien un principio de perfeccion, pues del sepulcro donde



se pierden las civilizaciones nacen otras nuevas, y en el ocaso donde se apagan unas ideas, brotan otras, siendo la destruccion de pueblos y de instituciones, la prenda de la inmortalidad de toda la especie humana, no podemos ménos de alabar á Dios y de reconocerle como eterno guía que dirige, ilumina y vivifica toda la historia.

La venida de los bárbaros traia gran variedad á la historia. Durante todo el período de la antigüedad solo habian dominado los pueblos de la Europa-Sur con su carácter socialista y artístico. Para hermo-sear la vida se necesitaba mas variedad, y vinieron los pueblos bárbaros á traer su carácter individualista y guerrero. En todo el Norte del imperio romano se estendia envuelto entre nieblas, ignorado territorio, llanura inmensa, variada de vez en cuando por bosques seculares en cuyas ramas se habia enjugado el Diluvio su cana cabellera de espumas; bosques llenos de rumores y de misterios, cuyos árboles oscuros y llenos de aves nocturnas, iban á perderse en las faldas de montañas coronadas por eternas urnas de hielo; y entre estas montañas que arrancaban del Polo, y las ondas del oscuro mar Océano, y las verdes riberas del Rhin, y las pantanosas del Danubio, habita inmenso enjambre de pueblos, las avanzadas en los Alpes; las vanguardias en los rios que las dividian del imperio, sobre los cuales pasaban en la estacion de invierno, merced á la congelacion de las aguas; el núcleo, en la llanura; la retaguardia, allá en la Escandinavia; los restos rezagados, en el Ponto Euxino, y en los desiertos tártaros, encerrados en cabañas, con el carro de guerra uncido á caballos salvajes en la puerta, las lanzas en las manos, el escudo á la espalda, el odio en los ojos, la sed de sangre en el pecho, unidos por un espíritu de destruccion, que era como un huracan encerrado en su cerebro, huracan que los arrastraba hácia Occidente; hijos de las tinieblas, cuya tierra solo producía hierro para forjar espadas, encinas para cortar chuzos; adoradores de dioses cuyo placer era la matanza, cuyo holocausto el suicidio; que tenian por aras hogueras donde ardian cuerpos humanos; que solo aceptaban las libaciones hechas en cráneos en vez de copas, y con sangre caliente en vez de vino; poseidos del furor de la guerra como de una aspiracion santa; engendrados en los combates sobre las pieles y los huesos de los enemigos; ántes tocados por el cuchillo de caza que por beso de los labios maternos: y que precedidos de cuervos, acompañados de brujas que sonaban en los aires y en las nubes los atambores salvajes para escitarlos á la matanza, seguidos de lobos hambrientos, iban sin saber por qué ni para qué, donde quiera que sentian gri-

tos de heridos, rumores de batallas, olor de cadáveres, vapores de sangre, empujándose unos á otros como se empujan las olas en una tormenta, y componiendo todos uno la condensacion en negra nube de la cólera celeste, que los precipitaba á destruir un mundo.

Señores: Italia, Italia debia temblar como una rosa bajo una nube de insectos. Italia bendecida por el Mediterráneo que besa eternamente sus sandalias de mármol, coronada por los pinos y los abetos de los Alpes y las esmeraldas de sus tranquilos lagos, hija de los dioses de Oriente que los habia recogido sobre su escudo; de las ideas de Grecia que al morir habia sacudido sobre su seno la corona de verbena; riante, hermosa, ornada por aquellas feraces regiones donde la naturaleza agotara toda su vida, la Campania coronada de espigas, Falerno rebosando vino de sus dorados racimos, Venafre en cuyo áureo aceite el sol habia depositado átomos de su luz, Etruria cubierta de olivas, Mantua, de cuyos laureles se coronara Virgilio; rica en templos que se alzaban sobre las colinas cubiertas de mirtos, de pámpanos, y que reflejaban sus chapiteles dorados en las celestes aguas del golfo de Partenope y de Bayas; oyendo la sibita de Cumas murmurar secretos del cielo en la gruta de Pausilipo, los poetas de Grecia cantar perezosamente en Tarento, los guerreros de Milan jurar defender á los ciudadanos de Padua y de Narena, recitar las Geórgicas para aprender los secretos de fecundar la tierra; debia temblar de horror porque en este instante supremo de la historia comienza para ella esa esclavitud que la ha obligado á poblar de estatuas, y vestir de cuadros y henchir de armonías los palacios de los déspotas, como el ruiseñor prisionero halaga los oidos del bárbaro que lo ha arrancado á la nativa libertad de sus bosques, una esclavitud que aún hoy arrastra en negra góndola el cadáver de Venecia, con la cual yace entre el cieno de las lagunas casi ahogada la honra y la independencia de Italia.

Pero Italia habia cometido un gran crimen que debia purgar en la implacable justicia de la historia. Su derecho que habia transformado las familias, dulcificado la autoridad del padre, ennoblecido la mujer, no pudo curar la llaga cancerosa del viejo mundo, no pudo curar la esclavitud. Mientras Italia se entrega á sus copas y apura hasta las heces las copas de los festines, liba los besos de todos los placeres juntos, envia á sus soldados á que le cacen esclavos en las orillas del Rhin y del Danubio, en las montañas de la Thracia y de Boecia, y los arrancan á la patria, á la libertad, al hogar, á los brazos queridos de la fa-



milia, y los sepultan en aquellos abismos de las ergástulas donde no penetran ni el aire, ni la luz, ni un sentimiento de humanidad y compasión: les arrojan los despojos de sus perros de caza para entretener su eterna hambre y les alcanzan y los clavan botones de hierro candente para enfurecerlos y los llevan al circo, donde el amigo se ve obligado á herir al amigo, donde el hermano atraviesa el vientre de su hermano, donde caen heridos escuchando, entre el estertor de la agonía y los acerbos dolores de sus últimos instantes, las carcajadas del pueblo y los ecos de las alegres sinfonías, hasta que, sin ver siquiera si han muerto, los arrojan al espoliario y forman un inmenso montón de carne humana donde muchas veces el frío de la noche despierta á algunos infelices que se incorporan sobre los vientres deshechos, las tripas rotas, la sangre coagulada, el estertor de los moribundos, y el estridente ruido de los perros y lobos hambrientos venidos allí á hartarse, y llevando una mano á su pecho herido, maldicen á Roma, y caen; maldiciones que se cumplen, que se condensan como una gran tempestad, como una gran nube sobre la ciudad eterna; nube que se abre un día arrojando de su seno los bárbaros, que vienen á cumplir la cruenta pero justísima venganza de sus progenitores, los esclavos.

Roma desde el principio del Imperio, con esa mirada escudriñadora de la Sibila que penetra en lo porvenir, comprendió lo que iban á ser los bárbaros en su vida. Tácito los retrataba como un ejemplo y un remordimiento para la ciudad eterna, que podía comparar su canchalesa servidumbre con la nativa independencia de los bárbaros en sus bosques. Lucano veía, después de pintar la rota de Pharsalia, la libertad, que exhalara en Catón su último suspiro, huyendo á refugiarse allende el Rin. César, dotado de ese genio que es como la condensación del espíritu humano en la conciencia de un hombre, preveía cuán mortales enemigos iba á tener Roma, en aquellos pueblos salvajes, y pugnaba por encerrarlos dentro del Imperio, queriendo en un paseo casi fabuloso que ideaba por Asia, cortarles la retaguardia y separar la Germania y la Escandinavia del gran semillero de razas. Tenía razón para temblar César, porque los bárbaros habían vencido con él á los caballeros romanos en los campos de Pharsalia. Bandos de germanos se asentaron durante todo el Imperio en el suelo romano. Los letes eran soldados bárbaros á sueldo de Roma. Roma necesitaba aún en la época floreciente del Imperio, mas de los bárbaros, que los bárbaros de Roma. Así es, señores, que si quereis, durante el Imperio, durante la época en que la vida de Roma es mas

uniforme, si quereis calificar con una fórmula su idea interior, no podreis, os hallareis perplejos; pero con una sola palabra podeis calificar su idea exterior. Cada emperador lleva en su frente un reflejo de las ideas encerradas en aquel horno que se llama Roma; César, el genio humanitario; Augusto, el espíritu político y administrativo; el feroz Tiberio, el terror; el demente Calígula, la embriaguez del despotismo; el imbécil Claudio, el dominio de las mujeres y de los libertos; el hermoso Neron, la sensualidad epicúrea; Galba, Othon, Vitelio, el desenfreno militar; el misántropo Vespasiano, con sus dos hijos, los delirios del genio del Oriente; los Antoninos, ó mejor dicho los grandes emperadores desde Nerva hasta Marco Aurelio, la idea del derecho animada por la idea estoica; el desgraciado Pertinax, la venta en pública almoneda de la reina de las naciones; el bárbaro Cómodo, la transformación del Circo en Senado y de los gladiadores en reyes; Septimo Severo, la lucha del patriciado con el pueblo, y del pueblo con la guardia preteriana; Heliogábalo, el deleite delirante, frenético, de una sociedad voluptuosa; Alejandro Severo, la debilidad y la estupidez que sigue siempre á las orgías; Diocleciano, el predominio del genio del Oriente sobre el genio de Occidente en el Imperio; Constantino, la nueva idea religiosa; Constancio, la heregía nacida de la incertidumbre del espíritu; Juliano, el neo-platonismo último ofrecido á los muertos dioses; Teodosio, la imagen del último romano: todos diversos en caracteres, en ideas, en tendencias, pero unidos todos en el pensamiento altísimo de evitar la caída del mundo bárbaro, de aquel inmenso témpano de hielo que rodaba con grande estrépito desde el Polo sobre la llama del fuego sacro de la vida romana que ardía en el Capitolio.

Pero era imposible. La ley de la Providencia debía cumplirse. El terror fué tal y tanto, que muchos de los emperadores pronunciaban desde el trono la palabra libertad. Era tarde. Los poderes moribundos suelen pronunciar la palabra libertad cuando el agua del diluvio les llega á los labios. Si una vez se salvan y vuelven á forjar cadenas, tenedlo entendido, á la segunda vez, cuando quieren pronunciar la palabra libertad, el agua del diluvio les cubre la cabeza. Mirad esas dinastías desterradas, espectros que vestidos de púrpura representan las sombras últimas de la antigua sociedad, miradles, todos han ejercido el despotismo en el trono, y todos han invocado la libertad en el destierro; pero como Dios castiga duramente las grandes mentiras sociales, á todos los ha marcado con el sello de la reprobación en la



frente. Pues lo mismo, lo mismo sucedía á los últimos emperadores romanos. Graciano exhortaba á las provincias á ejercer la libertad, á formar asambleas; Honorio restauraba la tribuna, gritaba á los pueblos esclavos para que se irguiesen, para que se pusieran en pié, porque él estaba pronto á cambiar el látigo de la dictadura por la espada de la ley. Era imposible. Los pueblos se habían embrutecido tanto en la servidumbre, que ni fuerza tenían para incorporarse. Los últimos romanos invocaban algo mas terrible que la muerte, invocaban ellos mismos en su dolor y en su esclavitud la irrupcion de los bárbaros. Leed los autores del tiempo. Se encontraban en una de esas épocas en que no se ve desgraciadamente mas remedio que el remedio heróico de una revolucion. Mamertino dice en su panegírico de Juliano, que los bárbaros eran deseados, porque no podían traer desgracia mayor que la esclavitud universal sufrida bajo el imperio. Paulo Orosio en su historia, exclama: "Se encuentran romanos que prefieren entre bárbaros pobre libertad, á dorada servidumbre bajo los Césares." Silvano en su libro de providencia, capítulo V, añade: "*Malunt enim sub specie captivitatis vivere liberi, quam sub specie libertatis vivere captivi.*" Amiano Marcelino se conduce de aquella desercion universal, y escribe: "Llaman á los enemigos, ambicionan ¡oh horror! la esclavitud. Nuestros hermanos se van entre los bárbaros, y cuando los llamamos se burlan de nosotros, y nos dicen corrompidos esclavos; solo quedan en el imperio los pobres, porque no se pueden llevar consigo sus familias, ni sus habitaciones." Señores, hé ahí espuestas sin retórica, espuestas sin declamaciones, las horribles consecuencias que trae la falta de libertad para los pueblos.

La idea de libertad en los bosques de Germania hervia, en aquellos bosques pintados por Tácito, que con una mano trazó la inscripcion para el sepulcro de la sociedad que se perdía en la noche, y con la otra mano el bosquejo de la sociedad que brillaba en el crepúsculo de lo porvenir. Tierras indecisas, lagunas movibles, bosques, playas azotadas por tempestades eternas, montañas ceñidas de nieblas, rios de vario y caprichoso curso, formaban el país de aquellos germanos; en su carácter, en sus costumbres, en su vida, contradiccion viva del pueblo romano ya decrepito; aquellos germanos impulsados á pasar el Rhin por la irrupcion de otros pueblos mas bárbaros, dispuestos á hartar su hambre en la guerra, cantando siempre, ora cantares melancólicos ante sus dioses, ora cantares terribles como aullidos de fieras acompañados del rumor de sus escudos, del choque de sus lanzas; raza solo á

sí misma semejante; de alta estatura, de nervudos miembros, de ojos azules, como sus mares, de cabellos rojos como el fuego de la tea que llevan en las manos; menospreciadores del oro, porque no conocian las necesidades que el oro satisface; amantes solo del hierro, porque creian indigno ganar por el trabajo lo que podian ganar por los combates, deber á su sudor lo que podian deber á su sangre, reunidos en asambleas donde los príncipes trataban de las cosas menores, y el pueblo entero de todas; gobernados mas por el ejemplo que por la autoridad, mas por la persuasion que por la fuerza; en derecho penal, no conociendo otro castigo que la multa, ni otra justicia que la venganza particular; todos con facultad de elegir á sus gefes, y con el deber de seguirlos y de imitarlos, porque los gefes pelean por la victoria, y los compañeros por el gefe; ninguno capaz de la indolencia; abrazados á su escudo, sobre el cual mueren, pues si lo pierden se ahorcan, y mientras combaten al lado de sus parientes, oyen sonar en el cercano campo de guerra los gritos de sus hijos, y cuando han concluido las batallas, se dejan caer en los brazos de sus esposas para que les cuenten las heridas y las cicatricen con sus labios; algo de santo ven brillar en la frente de la mujer, que bajo las encinas mirando las aves y las nubes, predicen lo porvenir; algo de espiritual en sus dioses, que no tienen forma humana; algo de divino en sus niños, porque la cuna es para ellos un altar immaculado; algo sagrado en sus caballos salvajes, que los conducen á las batallas, porque retroceden ó avanzan por el aviso de sus relinchos; algo de religioso en la familia encerrada en casas solitarias y aisladas, donde la mujer no ve esos espectáculos que la seducen, esos festines que la embriagan, donde el niño corre desnudo sin que acertara á tomar otro pecho para alimentarse que el pecho de su madre; donde los jóvenes no aman sino tarde, y por eso tienen larga y robusta juventud; donde comen poco aunque en el beber se exceden; y son hospitalarios con el extranjero, humildes con el siervo, y juegan á pequeñas batallas, y desconocen la usura, y deliberan en los festines donde son mas francos, y toman sus resoluciones en su hogar, donde son mas dueños de sí mismos, y cambian de propiedades para no aficionarse como si fueran árboles al suelo, y son castos, y el hombre guarda fidelidad á una sola mujer toda la vida, y la mujer á su marido hasta mas allá de la muerte; pueblo que con estas virtudes venia á traer su sangre pura, y con estas fuerzas, con estas espadas á abrir las venas al canceroso Imperio para infundirle esa sangre.

Estos pueblos avanzan sobre Roma. La invasion tuvo dos caracté-



res: fué guerrera mas tarde. La invasion pacífica comenzó en tiempos de Marco, y duró hasta principios del siglo V. Tuvo, pues, de duracion, setecientos años. Los germanos entraban por dos puertas; por la servidumbre, por la milicia. Eran, pues, soldados y esclavos. Como soldados ocupaban la cima de aquella sociedad militar, como esclavos, la base. Algunos de ellos subieron al imperio. Pero la civilizacion romana de ninguna suerte convenia á los pueblos primitivos. Estaba corrompida, y los hubiera viciado; estaba gangrenada, y los hubiera disuelto. La ancianidad es respetable, porque lleva sobre su frente los resplandores de la vida y de los misterios eternos. Un anciano que ha pasado sin caer por las grandes desgracias de este mundo, por sus desengaños de todos los dias, por sus desencantos, es tan respetable como un veterano que ha cruzado incólume entre muchas y pavorosas batallas. Pero un jóven á quien el vicio convierte prematuramente en decrépito anciano, es repugnante. Y los vicios de Roma hubieran hecho esto con los bárbaros. Jornandez nos refiere en el capítulo veinte y ocho de su historia de los godos un caso que merece ser conocido, porque es la enseñanza viva de lo que hubiera pasado á los bárbaros á haber absorbido en sus venas la vida romana. Un dia Athanarico, rey de los godos, fué á Constantinopla. Imaginaos, señores, qué efecto harian en aquel bárbaro, que solo habia visto sus desiertos, sus cabafias, sus carros de guerra, sus estepas solitarias y heladas, los templos y palacios inmensos, las estatuas colosales, los monólitos de pórfido, los chapiteles dorados, las esferas azules sembradas de estrellas de plata, las naves del puerto, los jardines que coronaban las casas; imaginaos lo que le parecerian á él medio desnudo, mal envuelto en su manto de pieles de rata, mal cubierto con su saco de cuero, aquellos sátrapas orientales, vestidos de púrpura recamada de perlas, calzados de oro, coronados de altas tiaras, en que resplandecian topacios y esmeraldas; imaginaos qué impresion harian en su paladar acostumbrado á carne cruda y á orines de caballo, ó á cerveza, que es poco mas ó ménos lo mismo, ceba da fermentada, bebida bárbara, indigna del paladar de griegos y romanos; imaginaos qué impresion le harian el cloroso vino, las sabrosas frutas, sesos de faisán, las ricas viandas con que se regalaban los romanos; fué tanta, tan grande la impresion, comió tanto, bebió tanto, se divirtió tanto, gozó tanto, que se murió, señores; reventó en los festines de un hartazgo de anades, complicada con una borrachera de vino de Falerno. Pues lo mismo, estrictamente lo mismo hubiera pasado á su pueblo

No estaba, no, ni el estómago de los bárbaros dispuesto á digerir la comida romana, ni su espíritu dispuesto á digerir las ideas romanas. Dios, pues, les mandaba que invadieran el viejo mundo romano, y debian invadirlo. Eran los mensajeros de las venganzas celestes. No podian venir en paz para asfixiarse en aquella atmósfera cargada de perfumes, sino en guerra, y en guerra cruenta. Todo, todo estaba preparado para esto. El mundo callaba como calla el mar ántes de una tempestad, cual si recogiera sus fuerzas y reposara un instante para luchar mas fuertemente con los vientos. Sonaba la hora, sí, la hora tremenda. ¿Qué resistencia podia ofrecer el Imperio? Roma era demasiado grande para los últimos césares; Ravenna con sus canales emponzofados, su quebrado territorio, su aire malsano, donde las moscas no dejan vivir de dia, ni las ranas dormir de noche, y las cenagosas aguas están inmóviles mientras se mueven las casas; y duermen los magistrados y velan los ladrones; y los soldados están tendidos en lecho de púrpura mientras hacen guardia las mujeres; y los clérigos prestan á usura como los sirios mientras los sirios salmodian en las iglesias; y los eunucos siguen la carrera de las armas, y los bárbaros la carrera de las letras. Ravenna es la corte de Honorio, corte escandalosa en que dominan los patricios germanos, y Aezio, el último romano, cede la mitad de su lecho á una mujer bárbara, hechicera, envenenadora, fuerte como Agripina, y cuya alta estatura humilla á las matronas de Roma; y los romanos rasgan su túnica, dejan su manto, se descalzan de sus sandalias para vestir las pieles de los bárbaros y calzar sus abarcas que los hacen vacilar y cojear; y los esclavos orientales mandan mas que los señores, y Estilicon, un godo, un hombre nacido allende el Danubio, es el único que tiene fuerza para combatir, y ánimo para triunfar; y un moro, venido de los arenales de Africa, se pone al frente del ejército romano; y los últimos poetas, sin acertar á coger la lira que en otro tiempo incitara á los señores del mundo á la pelea y á la libertad, deshojan flores sobre el lecho nupcial del César, rogando á la aurora que lo envuelva en sus sonrosadas gasas, y al amor que lo rodee de ilusiones, y á Terpsicore que dance á su alrededor con sus locas diosas, y á Vénus que abandone Pafos y Chipre para derramar todas sus delicias; ruego vano, porque el dueño del mundo cuando su esposa se descifre el velo de azafra de las vírgenes y la corona de azahar, y se dirige á su lecho para recibir el primer beso de amor, ni siquiera fuerza tiene para levantar los párpados á mirarla: que los desenfrenos de la tiranía en